



“¿Bisontes en las primeras corridas de toros
en la Nueva España?”

p. 128-130

El bisonte de América
Historia, polémica y leyenda

María del Carmen Vázquez Mantecón

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

224 p.

Mapas y figuras

(Serie Historia General 28)

ISBN 978-607-02-4755-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/602/bisonte-america.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

caso de que sólo lo hubiera supuesto— que Antonio de Solís haya tenido razón.

4. ¿BISONTES EN LAS PRIMERAS CORRIDAS DE TOROS EN LA NUEVA ESPAÑA?

En la quinta *Carta de Relación* de Hernán Cortés a Carlos V, firmada en “Tenuxtitan” el 3 de septiembre de 1526, el conquistador exponía al monarca que cuando se enteró, por dos misivas, de que había llegado a la Nueva España el juez que traía órdenes de Su Majestad para hacerle un juicio de residencia, era el mes de junio de ese año y se encontraba en Tenochtitlan, en la celebración de San Juan, “corriendo ciertos toros y en regocijo de cañas y otras fiestas”.⁴⁵ El que haya mencionado que se trataba de “ciertos toros” ha despertado la polémica entre algunos expertos en asuntos cortesanos, y entre los historiadores y cronistas del mundo taurino que nombran ese día como el de la primera corrida en suelo mexicano. Unos opinan, por ejemplo, que los animales alanceados fueron cíbolos americanos,⁴⁶ basados, la mayoría, en la creencia de que era efectiva una prohibición de la corona, emitida del año de 1523, de importar ganado mayor desde las Antillas a la Nueva España,⁴⁷ y en el dato de que, por esos años, había bisontes “en toda Coahuila”, de donde los habrían traído para el festejo.

Mi opinión es que se trata de una hipótesis errónea, que puede ser rebatida con el hecho innegable de que los machos taurinos se siguieron introduciendo en la Nueva España como se había hecho desde 1521, aunque ilegalmente, razón por la que tal vez Cortés se haya referido a ellos como “ciertos”. Me apoyo, además, en las crónicas de los que insistieron, desde el siglo XVI, en que los bisontes tenían el carácter libre; en las dificultades insalvables de querer domar a las manadas; y en el hecho demostrado de que sólo muy pocas

⁴⁵ Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, México, Porrúa, 1992, p. 275.

⁴⁶ Julio Téllez, “El bisonte, padre de la fiesta taurina en México”, *Campo Bravo*, año 4, n. 18, noviembre de 1998, p. 55.

⁴⁷ Fue promovida por los ganaderos antillanos ante el tráfico desmedido de animales y duró entre 1523 y junio de 1526, que fue derogada por el monarca con un Real Decreto, debido a las fuertes presiones de los comerciantes. Ver José Matesanz, “Introducción de la ganadería en Nueva España 1521-1535”, *Historia mexicana*, v. XIV, n. 4, abril-junio de 1965, p. 536-7.

crías pequeñas pudieron ser separadas de sus madres y transportadas fuera de su “hábitat” natural, donde perdieron su fiereza y su estampa, tan necesarios en las corridas de los caballeros de los albores del siglo XVI.

El tema de la presencia de bisontes en otras fiestas de toros llevadas a cabo en la capital novohispana a lo largo de la época colonial, es también creído por un puñado de autores mexicanos. Por ejemplo, el cronista Julio Téllez no sólo sostuvo el argumento para el año de 1526, sino que siguió mencionándolos en las corridas que ordenó el virrey Luis de Velasco en 1555, y en una de “1734” ofrecida al virrey Vizarrón.⁴⁸ Para sustentar lo primero citó al historiador novohispano Juan Suárez de Peralta en su *Tratado del descubrimiento de las Indias*, quien, refiriéndose a la magnificencia de las corridas en tiempos de Velasco, lo que en realidad escribió es que “no se encerraban menos de setenta y ochenta toros que los traían de los chichimecas, escogidos y bravísimos...que son de los cimarrones, pues costaban mucho estos toros y tenían cuidado de los volver a sus querencias...si no eran muertos aquél día”.⁴⁹ Es evidente que Téllez confundió a los bisontes con el ganado cimarrón que creció en el centro-norte de la Nueva España sin ser domesticado y en gran abundancia, desde el año de 1528. En relación con la supuesta corrida en los tiempos de Vizarrón no aporta ninguna prueba, y a pesar de ello es citado por un estudioso de la tauromaquia, quien en uno de sus escritos proporcionó la imagen de un bisonte, escribiendo en el pie de ésta que “era probable, que estos sean los toros que Cortés alanceó por primera vez en México, o como los que en 1732 [*sic*] se corrieron en El Volador y se resguardaron previamente en Chapultepec”.⁵⁰

En el siglo XVIII también fue empleado el ganado cimarrón en algunas corridas, lo que podría explicar la equivocada interpretación de estos autores. Asimismo, no deja de ser interesante una noticia proporcionada por la *Gazeta de México* en marzo de 1732, en tiempos precisamente del virrey Vizarrón, que pudo alimentar esa confusión. Ahí se daba razón de que en el pueblo de Chietla, con motivo de la

⁴⁸ Julio Téllez, *op. cit.* Este autor, además, atribuye a Cortés haber descrito en esa quinta carta y “como una prueba inobjetable”, a los “toros mexicanos con pelaje de león y joroba parecida a los camellos”, cosa que don Hernán nunca hizo, pareciéndose esas palabras a las dichas por Antonio de Solís muchas décadas depués.

⁴⁹ Juan Suárez de Peralta, *op. cit.*, p. 100.

⁵⁰ José Francisco Coello, “Acontecimientos taurinos en Chapultepec”, en *El bosque de Chapultepec: un taurino de abolengo*, de J. F. Coello y Rosa María Alfonseca, México, INAH, 2001, p. 30.

dedicación de la iglesia del convento de San Agustín y del trapiche de San Guillermo Xaltepec, el domingo de Carnestolendas, que cayó en 24 de febrero de ese año, hubo corridas de toros, en las que se lidió “uno digno de Amphiteatro de esta Corte”, llamado “Toro o Monstruo de Xaltianguiz”. El ejemplar era “Quatezón”, esto es, que “nació raso y sin punta de cuerno”, aunque jugaba con fiereza y dio mucho que hacer a los toreadores y, de paso, diversión al público, “sin el peligro y susto que todos ocasionan”.⁵¹

5. LA REPRESENTACIÓN EUROPEA DEL BISONTE AMERICANO

El abundantísimo bisonte de las tierras desconocidas fue nombrado reiteradamente en crónicas e historias sobre ese Nuevo Mundo, que en su tiempo tuvieron un gran número de lectores. En muchos casos esas descripciones se acompañaron con el dibujo de su figura, que se reprodujo por medio de la xilografía, el grabado o el aguafuerte. De entre ellas las más difundidas son objeto de este capítulo, que refiere la construcción de un imaginario muy alejado de los bisontes de carne y hueso, pero muy cerca de las fantasías, miedos, mitos y leyendas que provocó la conquista y apropiación de América y del imaginario que acogía con naturalidad a los seres fantásticos, a los híbridos, a los monstruos, al diablo y a los animales raros, fabulosos o exóticos.

La primera vez que se dio a conocer su retrato fue en la temprana obra del siglo XVI del cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo conocida como *Historia general y natural de las Indias*.⁵² Dedicó un apartado a las que llamó “vacas de la tierra septentrional” que también designó como “las vacas y toros monteses”. La descripción de ellos partió de la comparación con su propio ganado vacuno. Dijo que los de América eran mayores de tamaño, con los pescuezos muy llenos de lana “como merina espesa”, la cabeza más baja, con “los cuernos puntiagudos y el uno contra el otro”, con una gran barba de la misma lana que les colgaba de la mandíbula y los machos con una corcova alta sobre los hombros. Con respecto a sus pies mencionó que tenían las uñas hendidas como las vacas española. Agregó

⁵¹ *Gazeta de México*, n. 52, marzo de 1732.

⁵² Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, op. cit., t. 5, v. 121.